El Castillo de Lesley
Un novela epistolar inacabada

Por

Jane Austen

Al caballero Henry Thomas Austen

Señor:

Me tomo la libertad, con la que a menudo me ha honrado, de dedicarle una de mis novelas. Me apena que esté inacabada aunque me temo que, tratándose de mí, siempre será así; el hecho que hasta donde ha llegado pueda resultar demasiado trivial e indigna de usted es otra de las preocupaciones de su humilde y agradecida servidora

La autora.

CARTA PRIMERA

De la señorita Margaret Lesley a la señorita Charlotte Lutterell

Lesley Castle, a 3 de enero de 1792

Mi hermano acaba de dejarnos. «Matilda (dijo cuando se despedía), estoy seguro de que tú y Margaret le daréis a mi hija pequeña todo el cuidado que debería haber recibido de una madre indulgente, cariñosa y amable». Las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras pronunciaba estas palabras: el recuerdo de aquella que había deshonrado tan gratuitamente el carácter maternal y violado tan abiertamente los deberes conyugales le impidió añadir nada más; abrazó a su dulce hija y, tras despedirse de Matilda y de mí, se separó de nosotras apresuradamente, se sentó en su carroza y prosiguió camino de Aberdeen. ¡Nunca existió un muchacho mejor! ¡Ah! ¡Qué poco se merecía las desgracias que sufrió en el matrimonio! ¡Un marido tan bueno para tan mala esposa! Ya sabes, mi querida Charlotte, que la despreciable Louisa le abandonó a él, a su hija y su reputación hace unas semanas, en compañía de Danvers y del señor Deshonra. ¡Nunca existió cara más dulce, figura más elegante ni corazón menos afable que los que Louisa poseía! Su hija ya tiene los encantos personales de su infeliz madre. ¡Más valdría que heredase de su padre los mentales! Actualmente Lesley tiene tan sólo veinticinco años y ya se ha abandonado a la melancolía y a la desesperación; ¡qué diferencia entre él y su padre! Sir George tiene cincuenta y siete y todavía continúa siendo el pretendiente, el frívolo mozalbete, el chaval alegre, el enérgico jovencito al que tanto se parecía su hijo hace cinco años, y como se ha presentado a sí mismo siempre que yo recuerde. Mientras nuestro padre está revoloteando por las calles de Londres, alegre, relajado e irreflexivo a la edad de cincuenta y siete años, Matilda y yo seguimos separadas de la humanidad en nuestro viejo y decadente castillo, el cual se encuentra situado a dos millas de Perth, en una

firme roca que se alza dominante sobre una amplia vista de la ciudad y sus encantadores alrededores. Pero, aunque retiradas de prácticamente del mundo (ya que no visitamos más que a los M'Leods, los M'Kenzies, los M'Phersons, los M'Cartneys, los M'Donalds, los M'Kinnons, los M'Lellans, los M'Kays, los Macbeths y los Macduffs), no nos encontramos aburridas ni infelices; al contrario, nunca hubo dos chicas más vivas, más agradables o más ingeniosas que nosotras; ni una sola hora al día queda pesadamente suspendida en nuestras manos. Leemos, trabajamos, paseamos y, cuando estamos fatigadas de estas tareas, aliviamos nuestras almas con una canción animada, con un baile grácil o con algunos comentarios agudos y réplicas ingeniosas. Somos guapas, mi querida Charlotte, mucho, y la mayor de nuestras perfecciones es que nosotras mismas nos quedamos completamente impasibles ante ellas. Pero entonces, ¿por qué insisto en hablar de mí? Déjame mejor volver a los elogios de nuestra querida sobrinita, la inocente Louisa, la cual en este momento está sonriendo encantadoramente en un dulce sueñecito mientras descansa en el sofá. La amada criatura acaba de cumplir dos años y es tan guapa como se es a los veintidós, tan sensata como a los treinta y dos, y tan prudente como a los cuarenta y dos. Para convencerte de esto te informaré de que tiene una piel finísima y rasgos muy bonitos, que ya se sabe las dos primeras letras del alfabeto y que nunca desgarra sus vestidos. Si aún no te he convencido de su belleza, juicio y prudencia, no tengo nada más que declarar para respaldar mi afirmación, y por tanto no tendrás otra forma de resolver el asunto que viniendo a Lesley Castle y, tras conocer personalmente a Louisa, decidir por ti misma. ¡Ah! Mi querida amiga, ¡qué feliz me haría verte dentro de estas venerables paredes! Hace ahora cuatro años desde que mi marcha de la escuela me separó de ti; el hecho de que dos corazones tan bondadosos, tan estrechamente unidos por los lazos de la comprensión y de la amistad tuvieran que ser tan lejanamente distanciados el uno del otro es algo de lo más conmovedor. Yo vivo en Perthshire, tú en Sussex.

Podríamos reunimos en Londres, si mi padre estuviese dispuesto a llevarme y tu madre estuviera allí al mismo tiempo. Podríamos encontrarnos en Bath, en Tunbridge; es más, en cualquier otro sitio, simplemente por estar juntas en el mismo lugar. Sólo nos queda esperar que ese momento pueda llegar. Mi padre no regresará hasta el otoño, mi hermano se irá de Escocia en pocos días: está impaciente por viajar. ¡Juventud equivocada! Se convence en vano de que un cambio de aires curará las heridas de un corazón roto. Estoy segura, mi querida Charlotte, de que te unirás a mí en las oraciones por la recuperación de la tranquilidad de espíritu del infeliz Lesley, la cual será siempre imprescindible para la de tu sincera amiga

M. Lesley

CARTA SEGUNDA

En respuesta de la señorita C. Lutterell a la señorita M. Lesley

Glenford, a 12 de febrero

Te pido mil disculpas por haberme retrasado tanto en darte las gracias, mi querida Peggy, por tu amable carta, lo cual, créeme, no habría aplazado si cada segundo de mi tiempo de estas últimas cinco semanas no hubiese estado tan completamente ocupado por los arreglos necesarios para la boda de mi hermana como para no dejarme tiempo que dedicarte a ti ni a mí misma. Y ahora lo que más me irrita de todo es que el matrimonio se ha roto y todo mi trabajo se ha echado a perder. Imagínate qué decepción más grande debe de ser para mí el caer en la cuenta de que, tras haber trabajado día y noche para tener preparada la cena de boda a tiempo, tras haber asado suficiente carne de ternera, emparrillado cordero y estofado suficiente caldo como para que les dure a los recién casados toda la luna de miel, me encuentro con la humillación de haber estado asando, emparrillando y estofando la carne y a mí misma para nada. De hecho, mi querida amiga, no recuerdo haber sufrido nunca una ofensa igual que la que sufrí el lunes pasado cuando mi hermana vino corriendo a buscarme a la despensa con la cara tan blanca como la nata montada y me dijo que Henry se había caído del caballo, fracturado el cráneo y, según dijo su cirujano, se encontraba en el más grave peligro. «¡Dios mío! (dije yo). ¿Lo dices en serio? ¿Por qué? En nombre del cielo, ¿qué pasará con todas las viandas? No nos dará tiempo a comerlas mientras estén en buen estado. En todo caso, llamaremos al médico para que nos ayude. Debería ser capaz de arreglármelas con el solomillo yo sola, mi madre se comerá el caldo y el doctor y tú os acabáis el resto». En este momento me callé, al ver a mi pobre hermana caer como sin vida sobre una de las cómodas en las que guardamos nuestra mantelería. Llamé inmediatamente a mi madre y a las criadas y al final conseguimos que volviese en sí; tan pronto como recuperó la conciencia, mostró la determinación de ir, en seguida, a buscar a Henry, y estaba tan absolutamente empeñada en esta idea, que el impedir que la llevase a cabo nos resultó la tarea más difícil del mundo; sin embargo, más a base de fuerza que de súplicas, finalmente la convencimos para que fuese a su habitación; la acostamos en la cama donde continuó durante unas horas sufriendo las más espantosas convulsiones. Mi madre y yo nos quedamos en la habitación con ella y, cuando algún momento de tolerable calma por parte de Eloisa nos lo permitía, nos uníamos en sinceros lamentos por el atroz derroche de nuestras provisiones que este suceso ocasionaría, y elaborábamos algún plan para deshacernos de ellas. Estábamos de acuerdo en que lo mejor que podíamos hacer era empezar a comérnoslas inmediatamente y, por

consiguiente, ordenamos que subieran el jamón frío y la carne de ave y al instante iniciamos, con gran entusiasmo, nuestro plan devorador. Habríamos intentado convencer a Louisa de que tomase una alita de pollo, pero no se hubiera dejado persuadir. No obstante, estaba mucho más tranquila de lo que lo había estado antes: las convulsiones que había sufrido habían dado paso a una inconsciencia casi perfecta. Procuramos despertarla por todos los medios de que disponíamos, pero fue en vano. Le hablé de Henry. «Querida Eloisa (le dije), no hay motivo para que llores tanto por una nimiedad como ésta (estaba dispuesta a bromear con el tema a fin de consolarla). Te pediría que no te preocupases. Como ves, a mí no me molesta en absoluto, aunque, después de todo, puede que yo sea quien más sufra por ello, ya que no sólo tengo que comerme todas los platos que ya he aliñado, sino que si Henry se recupera (lo que, en cualquier caso, no es demasiado probable) tendré que aliñar la misma cantidad de nuevo; o si muere (como imagino que ocurrirá), aún tendré que prepararte otra cena cuando te cases con algún otro. Ya ves que, aunque quizá ahora te aflija el pensar en el sufrimiento de Henry, tal vez muera pronto, y de ese modo se acabará su dolor y tú estarás tranquila, mientras que mi problema durará mucho más, ya que, aunque trabaje lo más duro que pueda, estoy segura de que la despensa no se vaciará en menos de dos semanas». De esta manera hice todo lo que estaba en mi mano para consolarla, aunque sin ningún resultado, y cuando al final vi que no parecía escucharme, me callé, y, dejándola a solas con mi madre, me bajé los restos del jamón y el pollo y mandé a William a preguntar qué tal estaba Henry. No esperaban que viviese muchas más horas; murió ese mismo día. Pusimos todo el cuidado que pudimos para suavizarle el triste suceso a Eloisa pero, a pesar de las precauciones, el dolor que le produjo la noticia fue demasiado intenso para su buen juicio y siguió durante varias horas sumida en un fuerte delirio. Todavía se encuentra muy enferma y sus médicos temen mucho que sufra un empeoramiento. Por eso nos estamos preparando para irnos a Bristol, donde se supone que estaremos a lo largo de la próxima semana. Y ahora, mi querida Margaret, déjame hablarte un poco de tus asuntos; en primer lugar, debo decirte que he sido informada confidencialmente de esto: tu padre va a casarse; me siento poco inclinada a creer un rumor tan desagradable, y a su vez no puedo desmentirlo por completo. He escrito para mayor información sobre el asunto a mi amiga Susan Fitzgerald, quien, al encontrarse actualmente en la cuidad, podrá dármela con seguridad. No sé quién es la dama. Creo que la resolución de viajar que ha tomado tu hermano es extremadamente acertada, ya que tal vez pueda contribuir a borrar aquellos desagradables sucesos que tanto le han afligido últimamente.

Me alegra descubrir que, aunque apartadas del mundo, Matilda y tú no estáis aburridas ni infelices; que nunca descubras lo que es estarlo es el deseo de tu sinceramente afectuosa

C.L.

P.D. Acabo de recibir en este instante le respuesta de mi amiga Susan, la cual te adjunto, y de la que sacarás tus propias conclusiones.

La carta adjunta

Mi querida Charlotte:

No podías haber solicitado a nadie mejor que a mí información acerca del rumor del matrimonio de Sir George Lesley. Sir George está efectivamente casado; yo misma estuve presente en la ceremonia, lo cual no te sorprenderá, al firmar esta carta como tu afectuosa

Susan Lesley

CARTA TERCERA

De la señorita Margaret Lesley a la señorita C. Lutterell

Lesley Castle, a 16 de febrero

Saqué mis propias conclusiones acerca de la carta que me adjuntaste, mi querida Charlotte, y ahora te diré cuáles fueron. Razoné que si mediante este segundo matrimonio Sir George tuviese una segunda familia, nuestra fortuna se vería considerablemente disminuida; si su mujer fuese de natural derrochadora, le animaría a perseverar en ese alegre y disipado modo de vida, para lo cual no necesitaría demasiado apoyo, me temo, pues ya ha demostrado no ser sino demasiado perjudicial para su salud y su fortuna; que ella pasaría a ser ahora dueña de aquellas joyas que una vez adornaron a nuestra madre y que Sir George nos había prometido desde siempre; que si ellos no vinieran a Perthshire, no podría satisfacer la curiosidad que me producía el contemplar a mi madrastra, y que si lo hacían, Matilda no volvería a sentarse a la cabeza de la mesa de su padre.

Estas eran, mi querida Charlotte, las melancólicas reflexiones que se agolpaban en la imaginación tras examinar concienzudamente la carta que te envió Susan; las mismas que se le ocurrieron a su vez a Matilda al instante de haberla examinado ella. Las mismas ideas, los mismos miedos le ocuparon inmediatamente la mente, y no sé cuál de ellas la angustió más: si la probable disminución de nuestra fortuna o su propia distinción. Ambas ardemos en deseos de saber si lady Lesley es guapa y qué opinión te merece; dado que la honras con el apelativo de amiga, nos complace pensar que debe de ser amable.

Mi hermano ya está en París. Tiene la intención de irse de allí en unos pocos días y de ponerse en ruta hacia Italia. Escribe en un tono más alegre, dice que el aire de Francia le ha hecho recuperar la salud y el ánimo; que ha dejado completamente de pensar en Louisa en todos los sentidos, tanto con lástima como con afecto, y que incluso se siente agradecido por su fuga, ya que encuentra muy divertido el ser soltero de nuevo. Puedes imaginar por ello que ha recobrado por completo esa graciosa alegría, ese enérgico ingenio que en su día hacían de él un ser tan extraordinario. Cuando conoció a Louisa por primera vez, hace poco más de tres años, era uno de los muchachos más despiertos y agradables de su edad. Pero creo que nunca llegaste a oír los detalles de su primer encuentro con ella. Comenzó en la casa de Cumberland de nuestro primo, el coronel Drummond, donde pasaba las Navidades y donde cumplió los veintidós. Louisa Burton era hija de un pariente lejano de la señora Drummond, quien, habiendo muerto pocos meses antes en extrema pobreza, dejó a su única hija, que en ese momento tenía unos dieciocho años, bajo la custodia de cualquier familiar que quisiera ocuparse de ella. La señora Drummond fue la única que se mostró dispuesta. Así pues, Louisa fue alejada de una miserable casa de campo en Yorkshire y llevada a una elegante mansión de Cumberland, y pasó de la angustia pecuniaria que la pobreza podía ocasionar a todo el elegante entretenimiento que el dinero podía comprar.

Louisa era malhumorada y astuta por naturaleza; pero su padre le enseñó a disfrazar su verdadero temperamento bajo la apariencia de una insinuante dulzura, siendo éste muy consciente de que sólo si se casaba tendría oportunidad de no pasar hambre; él se congratulaba pensando que con esa mezcla de belleza personal junto con unos modales delicados y un agradable discurso, podría colocarse en posición de gustarle a algún joven que pudiera permitirse casarse con una chica que no tuviera ni un chelín. Louisa participó a la perfección en los planes de su padre y resolvió seguirlos con toda atención y esmero. A fuerza de perseverancia y dedicación, finalmente había disfrazado tan perfectamente su temperamento innato bajo la máscara de la inocencia y la dulzura como para imponerlo a cualquiera que no hubiera descubierto su verdadero carácter mediante una larga y constante relación íntima con ella. Así era Louisa, cuando el desventurado Lesley la contempló por vez primera en la casa de Drummond. Su corazón, que era (usando tu comparación favorita) tan delicado, dulce y suave como la nata montada, no pudo resistirse a sus encantos. En muy pocos días ya se estaba enamorando; de hecho, poco después se enamoró y, antes de que pasase un mes de haberla conocido, ya se había casado con ella. Al principio, mi padre se sentía tremendamente disgustado ante esa unión tan precipitada e imprudente; pero cuando se dio cuenta de que no les importaba en absoluto, pronto se reconcilió con el matrimonio. La finca que mi hermano posee cerca de Aberdeen, que recibió como recompensa de su tío abuelo (independiente de la de Sir George), era

más que suficiente para mantenerles a él y a mi hermana desahogados y con holgura. Durante los primeros doce meses, nadie podía haber sido más feliz que Lesley, y nadie aparentemente más amable que Louisa, que actuaba de un modo tan verosímil, y se comportaba tan prudentemente que, aunque Matilda y yo a menudo pasábamos varias semanas con ellos, ninguna de las dos sospechábamos nada acerca de su verdadero temperamento. Sin embargo, tras el nacimiento de Louisa, el cual uno podría haber pensado que habría intensificado su respeto por Lesley, la máscara que tanto tiempo había mantenido fue gradualmente apartándose, y, como probablemente se sentía segura del afecto de su marido (que de hecho parecía haber aumentado, si eso fuera posible, tras el nacimiento de su hija), no aparentaba hacer esfuerzos para evitar que ese afecto disminuyera cada vez más. De este modo, nuestras visitas a Dunbeath eran menos frecuentes y, con mucho, menos agradables de lo que solían ser. Nuestra ausencia nunca fue, sin embargo, mencionada o lamentada por Louisa, quien se sentía infinitamente más feliz en compañía del joven Danvers, al que conoció en Aberdeen (él estudiaba en una universidad de allí) que en compañía de Matilda y de tu amiga, aunque en verdad nunca hubo chicas más agradables que nosotras. Ya conoces el triste final de la felicidad conyugal del matrimonio Lesley; no voy a insistir. Adiós, mi querida Charlotte; aunque aún no he mencionado nada sobre el asunto, espero que al menos te creas que pienso y siento mucho el dolor de tu hermana. No tengo ninguna duda de que el aire puro de las colinas de Bristol lo eliminarán por completo, borrando de su mente el recuerdo de Henry. Tuya siempre, mi querida Charlotte,

M.L.

CARTA CUARTA

De la señorita C. Lutterell a la señorita M. Lesley

Bristol, a 27 de febrero.

Mi querida Peggy:

Acabo de recibir tu carta; al haberla mandado tú a Sussex y encontrarme yo en Bristol, han tenido que reenviármela y, debido a un inexplicable retraso, acaba de llegarme en este mismo instante. Te doy las gracias por el relato que contiene sobre el primer encuentro, el amor y el matrimonio de Lesley y Louisa, lo cual no me ha entretenido menos pese a habérseme relatado varias veces con anterioridad.

Tengo la satisfacción de informarte de que hay motivos para creer que la

despensa está, a estas alturas, prácticamente vacía, ya que dimos a los sirvientes órdenes específicas de comer todo lo que pudieran y de llamar a un par de asistentas para que les ayudasen. Nosotras nos llevamos un pastel de pichón, un pavo frío, una lengua fría, y media docena de gelatinas, de lo que afortunadamente nos deshicimos en menos de dos días desde que llegamos, con la ayuda de nuestra casera, su marido y sus tres hijos. La pobre Eloisa está aún tan mal de salud y de ánimo que mucho me temo que el aire de Bristol, por saludable que sea, no haya sido capaz de hacer salir a Henry de su recuerdo.

Me preguntas si tu nueva madrastra es guapa y agradable: te daré ahora una descripción exhaustiva de sus encantos físicos y mentales. Es pequeña y extremadamente bien hecha; es de natural pálida, pero se echa mucho colorete; tiene unos ojos y dientes delicados, como se cuidará de hacerte saber en cuanto te vea, y en conjunto es muy bonita. Tiene un humor extraordinariamente bueno cuando se sale con la suya, y es muy alegre cuando no está de malas. Es derrochadora por naturaleza y no muy emotiva; no lee nada salvo las cartas que recibe de mí, y nunca escribe nada salvo las respuestas. Toca el piano, canta y baila, pero no tiene gusto para ello, ni sobresale en ninguna de las tres cosas, aunque dice que le gustan apasionadamente. Quizá me halagues sorprendiéndote de que alguien de quien hablo con tan poco cariño pueda ser mi amiga especial; pero, si te digo la verdad, nuestra amistad surgió más de un capricho por su parte que de una estima por la mía. Pasamos juntas dos o tres días en Berkshire, con una dama con la que las dos resultamos estar emparentadas. Durante nuestra visita, debido a un tiempo extraordinariamente malo y a un grupo de gente especialmente estúpida, fue tan buena como para sentir una intensa debilidad por mí, la cual muy pronto cuajó en una franca amistad y acabó en una sólida correspondencia. Probablemente a estas alturas ella está tan cansada de mí como yo lo estoy de ella, pero como ella es demasiado educada y yo demasiado cortés para decirlo, nuestras cartas todavía son tan frecuentes y afectuosas como siempre, y nuestro apego, tan firme y sincero como al principio. Con lo que le gustan los placeres de Londres y de Brighthelmstone, seguramente encuentre muy difícil el persuadirse de la curiosidad que le pueda producir el conocerte, incluso a costa de dejar aquellos lugares favoritos de disipación por la melancólica —aunque venerable— penumbra del castillo que habitas. Sin embargo, si encuentra su salud dañada a causa de demasiada diversión, quizás adquiera la suficiente fortaleza para emprender un viaje a Escocia con la esperanza de que éste resulte ser al menos beneficioso para su salud, si no propicio para su felicidad. Siento decir que creo que tus miedos acerca del carácter derrochador de tu padre, de tu propia fortuna, de las joyas de tu madre y de las consecuencias para tu hermana no están sino completamente fundamentados. Mi amiga tiene cuatro mil libras, y

probablemente gaste al año aproximadamente la misma cantidad en ropa y lugares públicos, si puede conseguirlo. Seguramente no se atreverá a reprocharle a Sir George la manera de vivir a la que tanto tiempo ha estado acostumbrado; y, por tanto, hay razones para pensar que vivirás muy acomodada si es que logras que te llegue algo de dinero. Imagino que las joyas también serán indudablemente suyas, y tiene lógica el pensar que presidirá la mesa de su marido antes que la hija de él. Pero dado que un tema tan delicado como éste ha de angustiarte necesariamente, no insistiré más.

La indisposición de Eloisa nos ha llevado a Bristol en una época del año tan poco común, que desde que vinimos sólo hemos visto a una familia distinguida. El señor y la señora Marlowe son una gente muy agradable; la mala salud de su hijo fue lo que ocasionó su llegada aquí; puedes imaginar que, al ser la única familia con la que podemos conversar, nos encontramos en un estado de estrecha y recíproca intimidad con ellos; de hecho, los vemos casi todos los días, y ayer cenamos con ellos. Pasamos un día muy agradable y cenamos realmente bien aunque, a decir verdad, la ternera estaba terriblemente cruda y el curry no estaba condimentado. Durante el tiempo que duró la cena no pude evitar desear haber estado presente en el momento de aliñarlo. Un hermano del señor Marlowe, el señor Cleveland, está ahora con ellos; es un joven guapo y parece tener mucho que decir. Yo le digo a Eloisa que debería echarle el lazo, pero no parece gustarle nada la propuesta. Me gustaría ver a la chica casada, y Cleveland tiene un patrimonio buenísimo. Quizá te extrañe que no me tenga en cuenta a mí misma del mismo modo que tengo en cuenta a mi hermana para mis proyectos matrimoniales; pero si te digo la verdad, nunca he deseado tener un papel más protagonista en una boda que el de supervisar y dirigir la cena; y por eso, mientras tenga algún conocido que se case por mí, nunca pensaré en casarme yo misma, ya que, sospecho, no tendría tanto tiempo para aliñar mi propia cena de boda como tengo para aliñar las de mis amigos. Sinceramente tuya,

C.L.

CARTA QUINTA

De la señorita Margaret Lesley a la señorita Charlotte Lutterell

Lesley Castle, a 18 de marzo.

El mismo día en que recibí tu última y amable carta, Matilda recibió una de Sir George, fechada en Edimburgo y en la que nos informaba de que sería él quien tendría el placer de presentarnos a Lady Lesley a la noche siguiente.

Esto, como supondrás, nos sorprendió considerablemente, debido, especialmente, a que tu relato acerca de la dama nos dio razones para creer que había pocas posibilidades de que visitara Escocia en un momento en el que Londres debía de ser tan divertido. Sin embargo, como era nuestro deber estar encantadas ante una señal de condescendencia como era la visita de Sir George y Lady Lesley, nos preparábamos para corresponder con una respuesta que expresase la felicidad que experimentábamos ante la expectativa de tal bendición, cuando, afortunadamente, nos acordamos de que, como iban a llegar al castillo la noche siguiente, a mi padre le sería imposible recibirla antes de irse de Edimburgo, y nos contentamos con dejarles que se imaginasen que éramos tan felices como se esperaba que lo fuésemos. Llegaron a las nueve de la noche del día siguiente, acompañados por uno de los hermanos de Lady Lesley. La dama se corresponde a la perfección con la descripción que me mandaste de ella, excepto en que a mí no me resulta tan bonita como tú pareces considerarla. No tiene una cara fea, pero hay algo tan poco majestuoso en su minúscula figura, que hace que parezca un enano insignificante si se la compara con la elegante estatura que tenemos Matilda y yo. Habiendo ahora satisfecho completamente su curiosidad por vernos (la cual debe haber sido inmensa para haber hecho más de cuatrocientas millas), ya empieza a mencionar su vuelta a la ciudad, y nos ha pedido que la acompañemos. No podemos rechazar su petición, puesto que está secundada por las órdenes de nuestro padre, y terciada por las súplicas del señor Fitzgerald, el cual es ciertamente uno de los jóvenes más agradables que he visto nunca. Aún no se ha decidido cuándo nos iremos, pero cuando quiera que sea, está claro que tendremos que llevar a nuestra pequeña Louisa con nosotros. Adiós, mi querida Charlotte, Matilda se une a los mejores deseos, para ti y Eloisa, de la siempre tuya,

M.L.

CARTA SEXTA

De Lady Lesley a la señorita Charlotte Lutterell

Lesley Castle, a 20 de marzo

Llegamos aquí, mi dulce amiga, hará unas dos semanas y ya me arrepiento de corazón haber dejado alguna vez nuestra encantadora casa de Portman Square por este sombrío castillo envejecido por el desgaste del clima. No puedes hacerte una idea de lo espantoso que es, con esa forma de mazmorra que tiene. De hecho, está colgado en una roca de apariencia tan absolutamente inaccesible, que esperaba que me subiesen tirando de una cuerda; y me

arrepentí sinceramente de haber satisfecho la curiosidad de contemplar a mis hijas a costa de verme obligada a entrar en su prisión de una manera tan peligrosa y ridícula. Pero tan pronto como me encontré a salvo dentro de este tremendo edificio, me consolé con la esperanza de ver mi ánimo reavivado gracias a la visión de dos chicas tan hermosas como se me había dicho en Edimburgo que eran las señoritas Lesley. Pero nuevamente, no encuentro otra cosa que decepción y sorpresa. Matilda y Margaret Lesley son dos chicas enormes, altas, fuera de lo común, demasiado grandes, en definitiva, con la estatura perfecta para habitar un castillo en comparación casi tan largo como ellas. Desearía, mi querida Charlotte, que pudieras tan sólo contemplar estas gigantas escocesas; estoy segura de que te darían un susto de muerte. Harán muy buen contraste conmigo, así que las he invitado a que me acompañen a Londres, donde espero estar en el curso de las próximas dos semanas. Además de estas dos bellas damiselas, conocí a una pequeña y divertida mocosa, la cual creo que es pariente de ellas: me dijeron quién era y me contaron un requilorio larguísimo acerca de su padre y de la señorita Nosequién, que ya he olvidado por completo. Odio el escándalo y detesto a los niños. Desde que vine aquí he sido acosada con pesadas visitas de un grupo de desdichados escoceses con nombres terriblemente difíciles; eran tan educados, me hicieron tantas invitaciones, y hablaron tan pronto de venir otra vez, que no pude evitar ofenderlos. Supongo que no volveré a verlos y, sin embargo, formamos una familia tan ridícula, que no sé qué voy a hacer. Estas chicas no saben nada de música, sino de aires escoceses; no tienen dibujos, sino montañas escocesas; y no tienen libros, sino poemas escoceses; y yo odio todo lo escocés. Normalmente puedo pasarme la mitad del día en el baño con gran placer, pero ¿por qué he de arreglarme aquí, si no hay ni una sola criatura en la casa a quien tenga algún deseo de agradar? Acabo de tener una conversación con mi hermano en la que me ha ofendido mucho, de la cual, como no tengo nada más divertido que contarte, te daré todos los detalles. Has de saber que durante estos últimos cuatro o cinco días sospechaba mucho que William sentía debilidad por mi hija mayor. Por mi parte, si hubiese estado dispuesta a enamorarme de alguna mujer, no habría elegido a Matilda Lesley como el objeto de mi pasión, puesto que no hay nada que odie más que una mujer alta; sin embargo, no existe explicación para los gustos de algunos hombres y, como William mide también casi dos metros, no es extraño que sienta debilidad por esa altura. Ahora, dado que le tengo un gran cariño a mi hermano y sentiría mucho verle infeliz, como imagino que sucedería si no pudiera casarse con Matilda, y puesto que además sé que sus circunstancias no le permitirían casarse con ninguna otra que no tuviese dinero, y Matilda depende completamente de su padre, el cual no tendrá ni disposición propia ni mi permiso para darle a ella algo en la actualidad, pensé que sería una buena acción hacia mi hermano el hacérselo saber, para que pudiese elegir por sí

mismo entre vencer su pasión u optar por el amor y la desesperación. De esta manera, al encontrarme esta mañana a solas con él en una de las viejas y horribles habitaciones de este castillo, abordé la cuestión de este modo:

—Bien, mi querido William, ¿qué piensas de estas chicas? Por mi parte, no las encuentro tan poco atractivas como esperaba, pero tal vez pienses que tengo debilidad por las hijas de mi marido, y a lo mejor estás en lo cierto. Se parecen tanto a Sir George que es natural pensarlo…

—Mi querida Susan —gritó él en un tono de lo más sorprendido—, ¡no piensas realmente que se parecen en lo más mínimo a su padre! ¡Él es tan poco atractivo! Pero te pido perdón, había olvidado por completo con quién estaba hablando.

—¡Oh, no me importa! —respondí—, todo el mundo sabe que Sir George es horriblemente feo, y te aseguro que a mí siempre me ha dado miedo.

—Me sorprendes mucho —replicó William— con eso que me cuentas respecto a Sir George y sus hijas. No puedes pensar en tu marido como alguien con tan pocos encantos personales como dices, ni, sin duda, puedes ver ningún parecido entre él y las señoritas Lesley, quienes son, en mi opinión, completamente diferentes a él y de lo más guapas.

—Si ésa es tu opinión respecto a las chicas, eso prueba la belleza de su padre, ya que, si ellas son tan diferentes a él y tan guapas al mismo tiempo, es natural pensar que él es muy poco atractivo.

—De ningún modo —dijo él—, puesto que lo que puede hacer bonita a una mujer puede resultar desagradable en un hombre.

—Pero tú mismo —respondí— admitiste hace sólo unos minutos que era muy poco atractivo.

—Los hombres no pueden juzgar la belleza de su propio sexo —dijo él.

—Ni hombres ni mujeres pueden pensar que Sir George sea pasable.

—Bien, bien —dijo—, no vamos a disputarnos sobre su belleza, pero tu opinión sobre sus hijas es sin duda muy extraña; pues si te entendí bien, ¡dijiste que no las has encontrado tan poco atractivas como te esperabas!

—¿Por qué?, ¿entonces tú sí las encuentras menos atractivas? —dije yo.

—Apenas me creo que hables en serio —replicó— cuando te refieres a sus personas de una manera tan extraordinaria. ¿No crees que las señoritas Lesley son dos jóvenes muy guapas?

—¡Dios! ¡No! —grité— ¡Me parecen terriblemente poco atractivas!

—¿Poco atractivas? —respondió—. Mi querida Susan, ¡no puedes pensar

así de verdad! ¿Por qué? ¿A qué rasgo de la cara de cualquiera de ellas puedes poner reparos?

—¡Ah! Espérame para eso —respondí yo—. Venga, empezaré con la mayor, con Matilda. ¿Puedo, William? —Me hice pasar por todo lo astuta que pude mientras lo decía, con el fin de avergonzarle.

—Se parecen tanto —dijo— que debo suponer que los defectos de una serán los defectos de ambas.

—Pues bien, en primer lugar, ¡las dos son tan horriblemente altas!

—En efecto, son más altas que tú —dijo con una sonrisa impertinente.

—No —dije yo—, eso no lo sé.

—Bueno —continuó—, pero aunque su estatura esté por encima de lo común, sus figuras son absolutamente elegantes; y en cuanto a su cara, sus ojos son preciosos.

—La tremenda apariencia de esas figuras despampanantes nunca podrá parecerme elegante en grado alguno, y en cuanto a sus ojos, son tan altas que nunca pude forzar mi nuca lo suficiente como para mirarlos.

—Ya —dijo—, no sé si has hecho bien en no intentarlo, ya que quizá te deslumbrasen con su brillo.

—¡Oh, ciertamente! —dije yo, con la mayor de las complacencias, porque te aseguro, mi querida Charlotte, que no me sentí ofendida en lo más mínimo, aunque por lo que siguió cabe suponer que William era consciente de haberme dado motivos para ello, ya que acercándoseme y cogiendo mi mano, dijo—: no pongas esa cara tan solemne, Susan, ¡me harás creer que te he ofendido!

—¿Ofenderme?, querido hermano, ¿cómo se te ha ocurrido algo así? —respondí—. ¡De verdad que no! Te aseguro que no estoy en absoluto sorprendida de que seas un ardiente defensor de la belleza de esas chicas.

—Bien —interrumpió William—, pero recuerda que aún no hemos terminado nuestra discusión acerca de ellas. ¿Qué defecto encuentras en su cutis?

—¡Son tan horriblemente pálidas!

—Siempre tienen algo de color y, tras algo de ejercicio, éste aumenta considerablemente.

—Sí, pero si alguna vez lloviese en esta parte del mundo, nunca serían capaces de crecer más de lo que ya han crecido; excepto si se divierten corriendo de acá para allá en estas horribles y viejas galerías y antesalas.

—Bueno —respondió mi hermano en tono de enfado y lanzándome una

mirada impertinente—, puede que tengan poco color, pero al menos es todo suyo.

Esto fue demasiado, mi querida Charlotte, porque estoy segura de que con esa mirada tuvo la insolencia de dudar de la realidad del mío. Pero estoy segura de que tú justificarás mi comportamiento al verme tan cruelmente insultada, ya que puedes atestiguar cuántas veces he protestado contra el hecho de llevar colorete, y cuántas veces te he dicho lo mucho que lo detesto. Y te aseguro que mi opinión es todavía la misma. Pues bien, no pudiendo aguantar las dudas de mi hermano, salí inmediatamente de la habitación y desde entonces he estado en mi vestidor escribiéndote. ¡Qué carta más larga me ha salido! Pero no debes esperar recibir otra igual cuando haya llegado a la ciudad, puesto que sólo en Lesley Castle uno tiene tiempo para escribir incluso a Charlotte Lutterell. Estaba tan enfadada por la mirada de William que no pude armarme de suficiente paciencia para quedarme y aconsejarle acerca de su apego a Matilda, que es lo que me había llevado en un principio, por puro amor hacia él, a entablar la conversación. Y debido a ésta, ahora estoy tan completamente convencida de su intensa pasión por ella, que estoy segura de que nunca querrá oír hablar del asunto, y por lo tanto no he de tomarme más molestias por él ni por su favorita. Adiós, querida mía. Afectuosamente tuya,

Susan L.

CARTA SÉPTIMA

De la señorita C. Lutterell a la señorita M. Lesley

Bristol, a 27 de marzo.

Esta semana he recibido tu carta y la de tu madrastra, las cuales me han entretenido mucho, puesto que me hacen ver que ambas estáis completamente celosas de la belleza de la otra. Es muy curioso que dos mujeres bonitas, de hecho, madre e hija, no puedan estar en la misma casa sin discutir sobre sus respectivas caras. Convéncete de que ambas sois muy guapas y no digas nada más sobre el asunto. Supongo que debo enviar esta carta a Portman Square, donde probablemente (por grande que sea tu afecto por el castillo de los Lesley) no lamentarás encontrarte. A pesar de lo que diga la gente sobre las verdes praderas y el campo, siempre fui de la opinión de que Londres y sus diversiones pueden ser muy agradables durante un tiempo, y sería muy feliz si los ingresos de mi madre le permitieran llevarnos a sus edificios y jardines públicos durante el invierno. Siempre he anhelado especialmente ir a Vaux-Hall, para ver si la carne de vaca se corta tan fina como dicen, ya que sospecho

ligeramente que poca gente entiende tan bien como yo el arte de cortar una rodaja de carne de vaca; sería difícil que no supiera nada del asunto, dado que fue la parte de mi educación que más esfuerzo me costó. Mamá siempre me consideró su mejor alumna; aunque cuando papá vivía, Eloisa era su preferida. Efectivamente, nunca hubo dos caracteres más diferentes en el mundo. A las dos nos encantaba leer. Ella prefería las crónicas; yo las recetas. A ella le encantaba hacer dibujos y a mí caldo de gallina. Nadie cantaba mejor que ella, y nadie hacía pasteles mejor que yo. Y así sigue siendo desde que somos niñas. La única diferencia es que las entonces tan frecuentes disputas sobre cuál de nuestras tareas era de mejor calidad ya se han acabado. Desde hace varios años hemos llegado al acuerdo de admirar siempre los trabajos de la otra; yo nunca me pierdo escuchar su música, y ella es igual de constante comiendo mis pasteles. Al menos ésta era la situación hasta que Henry apareció en Sussex. Antes de la llegada de su tía a nuestro barrio, donde, como sabes, se instaló hace aproximadamente un año, las visitas de él se habían producido en días muy concretos y habían sido de una misma duración, fijada con antelación; pero tras su mudanza a la mansión, que está a un paseo de nuestra casa, éstas se volvieron más frecuentes y largas. Como puedes imaginar, esto no podía ser agradable para la señora Diana, enemiga declarada de todo lo que no sea dirigido por el decoro y la formalidad, o que se asemeje hasta en lo más mínimo a una educación buena y acomodada. Tan grande era su aversión por el comportamiento de su sobrino, que a menudo la he oído soltar tales indirectas sobre ello a su cara que, si en esos momentos Henry no hubiese estado inmerso en una conversación con Eloisa, habrían captado su atención y le habrían angustiado sobremanera. La alteración en el comportamiento de mi hermana al que antes he aludido tuvo lugar entonces. Ya no parecía respetar el acuerdo al que habíamos llegado acerca de admirar lo que hiciera la otra; y aunque yo aplaudía constantemente incluso los bailes campestres que ella organizaba, ni uno de los pasteles de pichón de mi cosecha obtuvo de ella una sola palabra de aprobación. Esto hubiera sido más que suficiente para encenderla a una; sin embargo, fui tan fría como la crema de queso y, tras haber diseñado mi plan y maquinado una venganza, estaba decidida a dejar que hiciese las cosas a su manera y a no hacerle ni un solo reproche. Mi plan consistía en tratarla a ella como me había tratado a mí, y, aunque me pintase mi propio retrato o tocase Malbrook (que es la única melodía que siempre me ha gustado de verdad), no decir «Gracias, Eloísa»; aunque durante muchos años había constantemente gritado con falsedad siempre que tocaba: «Bravo!, bravissimo!, encora!, da capo!, allegretto!, con expressione!» y «poco presto!», junto con otras estrafalarias palabras, todas ellas, que, como Eloisa me decía, expresaban muy bien mi admiración; e imagino que así es, ya que veo varias de ellas en todas y cada una de las páginas de todos los libros de música: supongo que serán los sentimientos del

compositor.

Cumplí mis planes con gran presteza. No puedo decir con éxito porque, ¡ay de mí!, mi silencio mientras ella tocaba no parecía disgustarle; de hecho, todo lo contrario; un día me dijo: «Bien Charlotte, me alegro mucho de ver que por fin has abandonado esa ridícula costumbre de: vitorear mi ejecución al clavicordio hasta causarme dolor de cabeza y quedarte ronca. Te agradezco mucho que te guardes tu admiración para ti». Nunca olvidaré la respuesta tan ingeniosa que le di a este comentario. «Eloisa —dije—, te pido que estés tranquila con respecto a estos temores en el futuro, puesto que estate segura de que siempre me guardaré mi admiración para mí y mis pasatiempos, y nunca la extenderé a los tuyos». Ésta fue la única cosa dura que he dicho en mi vida; no es que a menudo no me haya sentido satírica, pero era la primera vez que hacía públicos mis sentimientos.

Imagino que nunca hubo dos jóvenes que se tuvieran más cariño que Henry y Eloísa; no, el amor de tu hermano por la señorita Burton no podía ser tan fuerte, aunque fuese más violento. Puedes imaginarte lo afectada que debía de estar mi hermana al hacerle él una jugarreta como ésa. ¡Pobre chica!, aún lamenta su muerte con la misma constancia aunque lleva muerto más de seis semanas; pero hay a quienes estas cosas les afectan más que a otros. El mal estado de salud en el que la ha sumido su pérdida la hace estar tan débil y ser tan incapaz de sobreponerse al más mínimo esfuerzo, que ha estado la mañana entera desconsolada sólo por haberse despedido de la señora Marlowe, quien, junto a su marido, su hermano y su hijo, se va de Bristol hoy por la mañana. A mí me da pena que se vayan porque son la única familia que hemos conocido aquí, pero en ningún momento he pensado en llorar; para ser sincera, Eloisa y la señora Marlowe siempre han estado más unidas entre sí que conmigo, y por eso se han tomado una especie de afecto, lo cual no hace las lágrimas tan inexcusables en ellas como lo serían en mí. Los Marlowe se van a la ciudad, Cleveland los acompaña; ya que ni Eloisa ni yo hemos podido cazarle, espero que tú o Matilda tengáis más suerte. No sé cuándo podremos irnos de Bristol; el ánimo de Eloisa está tan bajo que se siente muy reacia al traslado; y sin embargo, de ningún modo se curará con su estancia aquí. Espero que en una o dos semanas se determinen qué medidas tomar. Mientras tanto, cree, etc. y etc.

Charlotte Lutterell

CARTA OCTAVA

De la señorita Lutterell a la señora Marlowe

Bristol, a 4 de abril.

Te estoy muy agradecida, mi querida Emma, por la señal de afecto con la que me halagas al transmitirme la propuesta de cartearnos; te aseguro que será un alivio para mí el escribirte, y, siempre que mi salud y mi ánimo me lo permitan, verás que soy una escritora muy constante; no diré divertida, ya que conoces mi situación lo suficiente como para no ignorar que la alegría sería impropia de mí; y yo conozco demasiado bien mi corazón como para no percibir que ello sería anormal. No debes pues esperar noticias, ya que no vemos a nadie de quien seamos en absoluto conocidos, o en cuyos eventos tengamos alguna participación. No debes esperar ningún escándalo, ya que por el mismo motivo nos está vedado tanto el oírlos como el inventárnoslos. No debes esperar nada de mí salvo las efusiones de tristeza de un corazón roto, el cual se ve para siempre privado de la felicidad de la que una vez disfrutó, y que difícilmente soporta su actual desgracia. El hecho mismo de poder escribirte y hablarte de mi extraviado Henry será un lujo para mí, y sé que tu bondad no rechazará leer lo que a mi corazón tanto le aliviará escribir. Una vez creí que tener lo que, generalmente, se llama un amigo (quiero decir, alguien de mi mismo sexo a quien pueda hablarle con menos reservas que a cualquier otra persona) que no fuese mi hermana nunca sería objeto de mi deseo, ¡pero cuán equivocada estaba! Charlotte está demasiado absorta con dos corresponsales confidenciales de ese tipo como para brindarme a mí el sitio de una de ellas, y espero que no pienses que soy infantil y romántica cuando te digo que tener algún tipo de amiga compasiva que escuche mis penas sin intentar consolarme es lo que he estado deseando durante bastante tiempo; cuando te conocí, la complicidad que siguió, y el cariño especialmente afectuoso que me diste casi desde el principio, me hicieron contemplar la favorecedora idea de aumentar esas atenciones mediante un mejor conocimiento de una amistad que, si fueras lo que en mis deseos quería que fueses, sería la felicidad más grande de la que yo podría disfrutar. El ver que esas esperanzas se hacen realidad es una satisfacción suficiente; esa satisfacción es actualmente casi la única que puedo sentir. Me encuentro tan débil que estoy segura de que si estuvieses conmigo me obligarías a dejar de escribir, y no puedo darte mejor señal de cariño que haciendo lo que sé que tú desearías que hiciera, ya estés ausente o presente. La sincera amiga de mi querida Emma,

E.L.

CARTA NOVENA

De la señora Marlowe a la señorita Lutterell

Grosvenor Street, a 10 de abril.

¿He de decirte, mi querida Eloísa, lo grata que me resultó tu carta? No puedo darte mejor prueba del placer que sentí con ella, o del deseo que siento de que nuestra correspondencia sea regular y frecuente, que dándote —como ahora hago— un buen ejemplo respondiéndote a ella antes de que acabe la semana. Pero no te imagines que pretendo tener ningún mérito por ser tan puntual; al contrario, te aseguro que me resulta mucho más gratificante escribirte que pasar la tarde en un concierto o en un baile. El señor Marlowe está tan deseoso de que aparezca en alguno de los lugares públicos cada tarde, que no me gusta negárselo, pero, al mismo tiempo, deseo tanto quedarme en casa que, al margen del placer que experimento dedicando alguna porción de mi tiempo a mi querida Eloisa, la libertad que reivindico —puesto que tengo una carta que escribir— de pasar una tarde en casa con mi hijo, y me conoces suficientemente bien como para entenderlo, será en sí mismo bastante aliciente (si es que se necesita alguno) para mantener, con placer, una correspondencia contigo. En cuanto al contenido de tus cartas, sea serio o alegre, si te interesa a ti me resultará a mí igualmente interesante; a pesar de ello, creo que la melancólica compasión respecto a tus penas no hará sino aumentarlas y las alimentará a base de repetírmelas e insistirme sobre ellas, y sería más prudente por tu parte que evitases tan triste asunto; pero sabiendo como sé el tranquilizador y melancólico placer que debe de proporcionarte, no puedo permitirme negarte tal compasión, y sólo insistiré en que no esperes que te anime a ello en mis cartas; al contrario, tengo la intención de llenarlas de enérgico ingenio y humor animoso, para que puedan despertar incluso una sonrisa en el dulce pero apenado rostro de mi Eloísa.

En primer lugar, has de saber que me he encontrado a las tres amigas de tu hermana, a Lady Lesley y a sus hijas, en lugares públicos dos veces desde que estoy aquí. Sé que estarás impaciente por saber mi opinión sobre la belleza de las tres mujeres de las que tanto has oído hablar. Ahora que estás demasiado enferma e infeliz para ser vanidosa, creo que debo arriesgarme a informarte de que ninguna de sus caras me gusta tanto como la tuya. Sí, son guapas —de hecho, a Lady Lesley ya la había visto antes—, y creo que de sus hijas se diría, en general, que tienen una cara más fina que la de la dama; y sin embargo, con los encantos de una piel floreciente, algo de amaneramiento y mucha charla, quizá consiga atraer tantos admiradores como los rasgos, más clásicos, de Matilda y Margaret. Estoy segura de que estarás de acuerdo conmigo cuando digo que ninguna de ellas puede ser de la talla correcta para la belleza real, puesto que sabes que dos de ellas son más altas y otra más bajita que nosotras. A pesar de este defecto (o mejor dicho, en virtud de él) hay algo muy noble y majestuoso en las figuras de las señoritas Lesley y algo agradablemente vivo

en su bonita y pequeña madrastra. Pero aunque unas sean majestuosas y la otra vivaracha, la cara de ninguna de ellas posee esa dulzura fascinadora de la de mi Eloisa, en la que su actual languidez está tan lejos de desaparecer. ¿Qué dirían mi marido y mi hermano de nosotras si supiesen todos los piropos que te estoy echando en esta carta? Es bastante duro que alguien del mismo sexo no le pueda decir a una mujer bonita que lo es sin que se sospeche que es su peor enemiga o su declarada lamebotas. ¡Las mujeres somos mucho más amables en tales casos! Un hombre le puede decir a otro cuarenta cosas corteses sin que nosotras pensemos que se le ha pagado por ello, y, siempre que cumpla con sus deberes para con nuestro sexo, nos da igual lo educado que sea con su mismo género.

Sea tan amable la señora Lutterell de aceptar mis cumplidos; Charlotte, mi amor; y Eloisa, los mejores deseos para la recuperación de su salud y su ánimo que le puede ofrecer su afectuosa amiga,

E. Marlowe

Me temo que esta carta no será más que una pobre muestra de mis facultades ingeniosas; y tu opinión sobre ellas no mejorará mucho cuando te diga que he sido lo más divertida que soy capaz de ser.

CARTA DÉCIMA

De la señorita Margaret Lesley a la señorita Charlotte Lutterell

Portman Square, a 13 de abril.

Mi querida Charlotte:

Nos fuimos del castillo de los Lesley el día 28 del mes pasado y llegamos sin incidentes a Londres tras un viaje de siete días; tuve el placer de encontrarme aquí con tu carta, que esperaba mi llegada, por la que te doy mis más sinceras gracias. ¡Ay! mi querida amiga, cada día añoro más los tranquilos y serenos placeres del castillo que hemos dejado a cambio de las dudosas y desiguales diversiones de esta ciudad glorificada. No pretendo afirmar que estas dudosas y desiguales diversiones me sean en absoluto desagradables; al contrario, las disfruto mucho y las disfrutaría incluso más si no estuviera segura de que cada aparición que hago en público no hace sino fortalecer la cadena de aquellos seres infelices de cuya pasión es imposible no compadecerse, aunque el que vuelva a aparecer o no, no es cosa mía. En pocas palabras, mi querida Charlotte, es mi debilidad por los sufrimientos de tantos jóvenes amables, mi antipatía por la admiración extrema con la que me encuentro, y mi aversión por ser tan célebre en público, en privado, en los

periódicos y en las imprentas, todas éstas son las razones por las que no puedo disfrutar del todo las tan variadas y agradables diversiones de Londres.

¡Cuántas veces he deseado tener tan poca belleza personal como tú!, ¡que mi figura fuese tan poco elegante, mi cara tan fea, y mi apariencia tan desagradable como la tuya! Pero, ¡ay!, qué pocas posibilidades hay de que ocurra un acontecimiento tan deseado; ya he pasado la viruela y, por tanto, debo someterme a mi infeliz destino.

Ahora, mi querida Charlotte, voy a confiarte un secreto que durante mucho tiempo ha turbado la tranquilidad de mis días y que es del tipo de los que requieren la más inviolable discreción por tu parte. El lunes pasado por la noche, Matilda y yo acompañamos a Lady Lesley a una recepción en casa de la honorable señora Kickabout; íbamos acompañadas del señor Fitzgerald, que, por lo general, es un joven muy amable, aunque quizá con un gusto un poco extraño —está enamorado de Matilda—. Apenas habíamos presentado nuestros respetos a la señora de la casa y habíamos hecho reverencias ante media veintena de diferentes personas, cuando me llamó la atención la aparición de un joven de lo más hermoso en su género, quien en ese momento entraba en la habitación junto con otro caballero y una dama. Desde el primer momento en que lo vi, estuve segura de que la felicidad de mi vida dependía de él. Imagina mi sorpresa cuando me lo presentaron con el nombre de Cleveland; lo reconocí al instante como el hermano de la señora Marlowe y como el conocido de mi Charlotte en Bristol. El señor y la señora M. eran el caballero y la dama que lo acompañaban. (¿A ti no te parece guapa la señora Marlowe?). El discurso elegante del señor Cleveland, sus finos modales y su encantador saludo confirmaron mi afecto al momento. No habló, pero podía imaginarme todo lo que hubiese dicho si hubiera abierto la boca. Puedo imaginarme los cultos conocimientos, los nobles sentimientos y el elegante lenguaje que habría relucido de manera tan destacada en la conversación de Cleveland. El que se acercara Sir James Gower (uno de mis demasiado numerosos admiradores) impidió el descubrimiento de alguna de esas facultades, poniendo fin a la conversación que nunca entablamos y atrayendo mi atención hacia él. Pero, ¡oh!, ¡qué inferiores eran las dotes de Sir James comparadas con las de su tan envidiado rival! Sir James es uno de nuestros visitantes más frecuentes y casi siempre es partícipe de nuestras fiestas. A menudo nos hemos encontrado con el señor y la señora Marlowe, pero no con Cleveland; siempre está ocupado en algún otro lugar. Cada vez que veo a la señora Marlowe me agota mortalmente con su pesada conversación acerca de ti y de Eloisa. ¡Es tan estúpida! Vivo con la esperanza de ver a su irresistible hermano esta noche, ya que vamos a casa de Lady Flambeau, quien sé es íntima de los Marlowe. Nuestro grupo lo formaremos Lady Lesley, Matilda, Fitzgerald, Sir James Gower, y yo. Vemos poco a Sir George, que casi siempre está en la mesa de juego. ¡Ay, pobre suerte mía!, ¿dónde estarás en estos

momentos? Vemos más a Lady L., que siempre aparece (con mucho colorete) en el momento de la cena. ¡Ay, con qué joyas tan encantadoras estará adornada esta noche en casa de Lady Flambeau! Pero me pregunto cómo puede ella deleitarse luciéndolas; seguramente sea consciente de la ridícula falta de decoro que supone el cargar su diminuta figura con esos superfluos adornos; ¿es posible que no sepa lo superior que es una elegante simplicidad a la vestimenta más estudiada? Si tan sólo nos lo regalase a Matilda y a mí, ¡cuánto se lo agradeceríamos!, ¡qué favorecedores serían los diamantes en nuestras finas y majestuosas figuras! Y qué sorprendente es que nunca se le haya ocurrido a ella esa idea. Estoy segura de que si he pensado de este modo una vez, lo haré cincuenta más. Siempre que veo a Lady Lesley llevándolas, inmediatamente acuden a mí estas reflexiones. ¡Y además son las joyas de mi propia madre! Pero no diré más sobre este melancólico asunto —déjame divertirte con algo más agradable—, Matilda recibió una carta de Lesley esta mañana, mediante la cual tenemos el placer de enterarnos de que está en Nápoles, se ha hecho católico, ha conseguido una de las declaraciones del Papa para anular su primer matrimonio, y desde entonces está casado con una mujer napolitana de alta alcurnia y gran fortuna. Nos dice, además, que un episodio del mismo estilo le ha ocurrido a su primera mujer, Louisa, quien se encuentra igualmente en Nápoles, se ha hecho católica y pronto se casará con un noble napolitano de grandes y distinguidos méritos. Dice que actualmente son muy buenos amigos, que casi han olvidado todos los errores pasados y tienen la intención de ser en un futuro muy buenos vecinos. Nos invita a Matilda y a mí a visitarle a Italia y a llevarle a su pequeña Louisa, a la que la madre, la madrastra y él están por igual deseosos de ver. En cuanto a aceptar esta invitación, actualmente es algo bastante incierto; Lady Lesley nos aconseja que vayamos sin más pérdida de tiempo; Fitzgerald se ofrece a acompañarnos, pero Matilda tiene algunas dudas sobre si un plan así es decoroso: estoy segura de que el tipo le gusta. Mi padre no desea que tengamos prisa, puesto que, tal vez si esperamos unos meses, él y Lady Lesley tendrán el placer de acompañarnos en el viaje. Lady Lesley dice que no, que nada le hará anteponer por encima de las diversiones de Brighthelmstone un viaje a Italia, únicamente para ver a nuestro hermano. «No —dice la desagradable mujer—, ya fui suficientemente tonta una vez como para viajar no sé cuántos cientos de millas para ver a dos de la familia, y me encontré con que no solucionó nada, así que… ¡lléveme el demonio si alguna vez vuelvo a ser tan tonta!». Eso dice la dama, pero Sir George aún insiste en que a lo mejor en uno o dos meses nos acompañarán.

Hasta siempre, mi querida Charlotte,

Tu fiel Margaret Lesley